

RAUL SILVA CASTRO

ACADEMICO

por Fidel Araneda Bravo

Mucho habría que decir en pro y en contra de Raúl Silva Castro como crítico literario; pero su labor en la Academia Chilena Correspondiente de la Real Española, ejercida casi siempre en forma absoluta, sólo merece alabanzas y agradecimientos de la Corporación.

Biografía de Miguel Luis Amunátegui Reyes

En el Boletín de 1952 (1), se da cuenta de que la Academia abrió un Concurso Literario para premiar la mejor biografía del ex-Director Miguel Luis Amunátegui Reyes (1862-1949). El jurado, compuesto por los académicos José Miguel Yrarrázaval, Hernán Díaz Arrieta y Fidel Araneda Bravo, premió el trabajo de Raúl Silva Castro, MIGUEL LUIS AMUNATEGUI REYES. El autor, que frisaba entonces en los 49 años, ya tenía prestigio continental como bibliógrafo, historiador, crítico literario y periodista.

Se trata de una biografía completa y objetiva. A veces el lector cree que Silva Castro ha prescindido absolutamente de sí mismo. Libro erudito, de gran trabajo e investigación

(1) Tomo XIII, Cuadernos XLII-XLIII.

concienzuda. Está escrito en estilo castizo, y su amenidad facilita grandemente la lectura. Tampoco falta la emoción en esas páginas acerca de la enfermedad y muerte de Miguel Luis Amunátegui Johnson, y de "El Hombre Intimo". En suma, el escritor y gramático está redivivo en la biografía, porque aparece dibujado con las líneas severas de sus propias obras. El autor no da opiniones personales; hace labor de verdadero historiógrafo; presenta al personaje tal como es. Deja que lo juzguen los lectores.

En una sesión efectuada en la sala del Consejo de la Universidad de Chile, presidida por el académico más antiguo de esa época, Ricardo Dávila Silva, por causa de la enfermedad del Director Alejandro Silva de la Fuente, la Academia entregó el galardón a Silva Castro, quien leyó un capítulo de su obra. Al año siguiente fue publicada por la Editorial Jurídica de Chile. El entonces prosecretario de la Corporación y diputado Miguel Luis Amunátegui Johnson, agradeció el homenaje a su padre.

Sucesor de Miguel Luis Amunátegui Reyes

La Academia eligió sucesor de Amunátegui Reyes, a Francisco Antonio Encina. El historiador pidió a Arturo Alessandri Palma, en mi presencia, que lo recibiera en la Corporación. Comenzó a preparar su discurso de rigor, pero a raíz de la muerte del académico, Presidente del Senado y dos veces Presidente de la República, Encina no volvió a manifestar deseos de incorporarse en la Academia. De acuerdo con el Reglamento, la Corporación designó, en 1953, sucesor de Miguel Luis Amunátegui Reyes, al laureado autor de su biografía. Raúl Silva Castro entró entonces de lleno a trabajar en la Academia, en la cual ocupó el sillón "C", tercero en antigüedad; sólo dos inmortales se habían sentado allí: Miguel Luis Amunátegui Aldunate y su sobrino del mismo nombre que acababa de dejarlo vacante.

Primeros trabajos en la Academia Chilena

Aún antes de ser recibido solemnemente, ya en el Boletín de 1953 (2) aparece el primer estudio de Raúl Silva Castro, sobre la actuación de José Toribio Medina en la Academia Chilena Correspondiente de la Española, iniciada el 20 de febrero de 1885, día de su nombramiento.

Recuerda el autor que desde 1914, fecha de la reinstalación de la Academia, hasta su muerte acaecida en 1930, el señor Medina "se mostró entusiasta para el trabajo". Recordando la HISTORIA DE LA LITERATURA COLONIAL, que había sido uno de los títulos que sus padrinos esgrimieron para abrirle entrada en la Academia, propuso "como trabajo digno de la Academia la publicación de los autores coloniales", y para el efecto señaló al primero de todos, a Pedro de Oña. Se aceptó entonces en el seno de la institución que el señor Medina tomara a su cargo la publicación del ARAUCO DOMADO, y que con la del VASAURO y del IGNACIO DE CANTABRIA corrieran don Julio Vicuña Cifuentes y don Manuel Antonio Román respectivamente. Por otra parte, se encargó a don Francisco Concha Castillo que estudiara la recopilación de las poesías sueltas de Oña. La única edición que de Oña se hizo dentro del plan propuesto por el señor Medina fue la que llevó a cabo este mismo con el "ARAUCO DOMADO" (3). En seguida el articulista enumera los estudios hechos por el historiador, a partir del ARAUCO DOMADO (1917) para terminar, tres años antes de su fallecimiento, con los CHILENISMOS o APUNTES LEXICOGRAFICOS (1928). La acuciosidad de Silva Castro le llevó también a enumerar, uno a uno, los discursos de Medina insertos en el BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA, publicación comenzada en 1915. Termina el artículo con un juicio sobre la actuación del polígrafo como académico: "La aporta-

(2) Tomo XIV. Cuaderno XLIV.

(3) Tomo XIV. Cuaderno XLIV. Págs. 3 y 4.

ción que el señor Medina realizaba con estas obras a las labores propias de la Academia Chilena de la Lengua, es grande y robusta por sus proporciones numéricas, y no menos rica por el vigoroso caudal de autoridades que exhibía, por lo común, en cada una de las voces estudiadas. Y la doctrina que en ellas impera es ecléctica. Creía el autor que la lengua estaba en constante evolución y que por lo tanto no se podían oponer valladares de artificio a su enriquecimiento; pero también creía que era conveniente ilustrar el uso que una voz había tenido en diversos períodos de la evolución literaria, para lo cual anotaba ejemplos autorizadores que pudieran despejar las dudas del escritor de hoy. Todo esto, en fin, con cierto humorismo medido y de buena ley, en el cual se revelaba la medida humana del autor, que jamás fue el seco erudito que se imaginan quienes no tuvieron el privilegio de conocerle" (4).

Incorporación en la Academia Chilena

El 21 de junio de 1954, Silva Castro dijo su discurso de incorporación en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, como se acostumbraba antes de que se iniciaran las interminables huelgas de alumnos y empleados de nuestro primer plantel de enseñanza superior.

En su erudita y liviana disertación, contrariamente a lo que hasta entonces se hacía en la Academia, planteó primero una tesis para refutar la sustentada por José Joaquín de Mora, de que en Chile se hablaba mal el español. "En Chile —expresó— no se habla mal el español": "Los destrozos y deterioros de que usualmente es víctima la lengua común en esta sección de América no son más serios ni más profundos, ni más graves e irreparables que los que se comprueban en el mismo uso que de ella se hace en otras secciones americanas. Parte complementaria de la tesis que me propongo demostrar es, ade-

(4) Tomo XIV. Cuaderno XLIV. Pág. 7.

más, la de que semejantes destrozos y deterioros se registran en diferentes provincias de la propia península española, ya que no es la uniformidad la ley que persiste en el uso de la lengua" (5).

El recipiendario logró su objetivo con acopio de datos y autoridades; y luego hizo el elogio de su antecesor Miguel Luis Amunátegui Reyes, quien probó, en una larga vida y dilatada labor lexicográfica, en la cual perdió la vista, que en Chile se habla limpiamente el idioma castellano: "Toda esta disertación se habría escrito en vano, y carecería por lo tanto de cualquier recompensa vuestra atención, que infinitamente agradezco, si no se pronunciara con el debido respeto el nombre de don Miguel Luis Amunátegui Reyes. Ocupó durante cuarenta y nueve años el mismo sillón que a mí se me asigna, y al llenarle se dio a la tarea de justificar con obras la designación que en él se había hecho. El norte de todas ellas fue sacudir la nota de escarnio que chilenos y extranjeros habían pretendido hacer recaer sobre el habla nacional, a la que negaban pureza y precisión. En detenidas exploraciones por el tesoro de la lengua, pudo allegar autoridades para mostrar castizas raíces en modos de decir que corrientemente pasaban como barbarismos provinciales dignos de ser condenados, y de paso allegó al léxico oficial no pocas connotaciones que habían quedado inadvertidas a los eficaces autores del Diccionario de la Real Academia Española. En esta indagación, proseguida con encomiable empeño, dejó establecido como resumen que el lenguaje español que se habla en Chile es más o menos tan correcto como el que escriben los principales novelistas, dramaturgos, periodistas y poetas de la península. El uso de la lengua se divide en capas sociales conforme a la cultura, de modo que se parecen más entre ellas el habla de los cultos de España y de Chile, por ejemplo, que las diferentes jergas de

(5) BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Tomo XV. Cuaderno XLVII. Págs. 2 y 3.

los incultos de ambas naciones. De allí que fuera para el señor Amunátegui Reyes tema frecuente en sus obras, el señalar cuál era la fuente de sus observaciones y cómo y por qué no era procedente ajusticiar grosso modo una voz chilena sin antes averiguar qué grupo la empleaba y para qué, y sin establecer a ciencia cierta si ella no se daba también en grupo similar de los que habitan en la península. Con todo ello, bagaje de trabajador insigne, formó el señor Amunátegui Reyes su doctrina"(6).

Hernán Díaz Arrieta, con la armonía de su estilo irónico y persuasivo, recibió al nuevo colega. Al iniciar el discurso fijó su posición y la de Silva Castro en las letras chilenas: "Ambos pertenecemos al mismo oficio y uno y otro hemos elegido esa ocupación aventurada de leer los libros que escriben los demás, para juzgarlos. Ahora bien, si se piensan las dificultades que hallan para entenderse entre sí los autores, y que casi nunca lo consiguen un autor y un crítico, podrá calcularse hasta dónde sube el obstáculo cuando están frente a frente dos críticos".

"Todavía es preciso añadir que en nuestro caso, y al opinar sobre escritores ilustres, hemos manifestado pareceres tan distintos que, si vinieran a ser desarrollados aquí, no prometerían un diálogo fructuoso ni tal vez una sesión tranquila".

"Pero la Academia no lo ha estimado así".

"Estas viejas instituciones arraigadas en la tradición, instruidas por inmemoriales experiencias, poseen una sabiduría que suele dejar al profano sorprendido. Ahora, como otras veces, la Academia no se ha equivocado" (7).

En seguida dio una mirada a la obra del historiador y crítico, realizada hasta ese momento por el nuevo colega. Al hablar de la reacción del escritor, frente al apasionado disenso de Alone, éste traza con certeza los rasgos del carác-

(6) Id. Págs. 17-18.

(7) Id. Págs. 21-22.

ter del beneficiario como literato: "El caso es que, cuando aparecieron aquellos RETRATOS y más aún, después, al salir a luz su volumen ESTUDIOS SOBRE GABRIELA MISTRAL, sucedió que mis preferencias, mis emociones íntimas y mis goces de orden intelectual o poético chocaron tan violentamente con los suyos, que no resistí al impulso de expresarle con alguna energía, tal como lo mandaba la viveza de los sentimientos. Y aquí viene un hecho capital. Jamás Raúl Silva Castro tomó nota de aquel apasionado disenso indirectamente, por sí o por interpósita persona contestó, según se acostumbra en el mundo de las letras".

"Justamente, el mucho conocimiento y la prolongada experiencia que tengo de ese mundo, no siempre halagadores para la naturaleza humana, son los que me obligan a estimar a Raúl Silva Castro como un escritor completamente extraordinario desde el punto de vista del carácter y lo que me ha traído aquí para rendirle este tributo".

"He hablado de su maravillosa facultad de callar: ahora añadiré algo aún más extraño".

"El año 1940, después que Silva Castro había publicado sus RETRATOS y sus ESTUDIOS SOBRE GABRIELA MISTRAL y yo sendos artículos sobre esos RETRATOS y esos ESTUDIOS, la Universidad de Chile abrió un concurso para premiar con determinada suma la mejor biografía y crítica de don Alberto Blest Gana. El autor de MARTIN RIVAS figuraba entre los autores chilenos que me habían interesado siempre y me disponía a concurrir al certamen, cuando alguien me advirtió que iba a tener de contendor a Silva Castro, quien ya había avanzado bastante un trabajo exhaustivo sobre el insigne novelista. Pensé desistir. No sólo me atemorizaba la calidad de mi adversario, sino la circunstancia de ser éste Jefe de la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional, adonde necesitaría recurrir en demanda de datos. ¿Cómo le iba a pedir que me prestara armas para combatirlo? ¿Era humano esperar que me abriera las puertas y dejara penetrar en su recinto al enemigo?"

Pero el tema me atraía, no dejaba de tentarme el premio, y, un buen día, no sin vacilaciones, llegué a la Biblioteca. Inmediatamente, sin la menor resistencia, el jefe de la Sección Chilena puso a mi disposición todos los elementos de que disponía, oficiales y extraoficiales, los papeles públicos y los que a él le pertenecían. Lejos de ocultarme nada, fueron tantos los documentos que me facilitó, que necesité rehusar algunos, porque no todos disponen de iguales fuerzas para las tareas eruditas”.

“Fue entonces cuando empecé realmente a conocerlo” (8).

Somos varios los escritores que, después de haber discutido los libros y ensayos de Raúl Silva Castro, podemos asentir a lo dicho por Díaz Arrieta. Sin embargo, hay una excepción para confirmar la regla: el autor de este trabajo fue refutado por el difunto colega, a raíz de un elogioso artículo que publicamos en ATENEA, acerca de LA CREACION POETICA de José Miguel Ibáñez. Al refutar extensamente la obra del joven sacerdote y nuestro comentario, el escritor se mostró irónico y manifestó, una vez más, que su fuerte no era la crítica de poesía. Nuestras relaciones fueron, desde entonces, más cordiales que antes (9).

En 1959, la Academia lo designó, junto conmigo, para que hiciéramos el DICCIONARIO DE ACADEMICOS, tarea que cumplimos, y cuya publicación llenó veintidós páginas de este BOLETIN (10).

En el II Congreso de Academias,

nos representó con Pedro Lira Urquieta, Augusto Iglesias y Roque Esteban Scarpa. Entre el 22 de abril y 2 de mayo de 1956, se reunieron en Madrid los académicos de la Lengua Española.

(8) Id. Págs. 24, 25 y 26.

(9) ATENEA. Año XLIII. Tomo CLXI. Nº 411. Año XLIV. Tomo CLXVII. Nº 418.

(10) Págs. 57-79. Tomo XVI. Cuaderno L. (1960).

Allí pronunció Silva Castro, un brillante discurso en el homenaje oficial de la Asamblea Lingüística a Marcelino Menéndez y Pelayo, al aproximarse el primer centenario de su nacimiento. El orador, que en su vida intelectual había seguido los pasos del maestro hispano, como bibliógrafo, crítico literario e historiador de la literatura chilena, se refirió, principalmente, en la oración conmemorativa, al juicio que mereció a Menéndez y Pelayo la poesía chilena en la ANTOLOGIA DE POETAS HISPANOAMERICANOS y no vaciló en reparar el criterio con que el humanista santanderino aprecia la obra de dos escritores extranjeros cuya labor intelectual benefició a Chile: "Se dirá que los chilenos hemos salido un tanto maltrechos del análisis del crítico cuando a éste le fue dado entrar a estudiar nuestra producción literaria, con ocasión de la ANTOLOGIA DE POETAS HISPANOAMERICANOS. Es verdad; así como lo es que por tener demasiado en cuenta el criterio de "jus soli" dejó en Bolivia a Ventura Blanco Encalada y en Venezuela al ínclito Andrés Bello. Olvidó Menéndez y Pelayo que ambos autores, después de haber corrido algo de mundo, prefirieron a Chile para hogar de sus estudios y de su sangre, y que más hicieron por la cultura chilena que por la de cualquier otra nación, inclusive las de sus respectivas cunas" (11). El discurso llamó la atención entre los congresistas por la amplitud de los conocimientos literarios manifestados por Silva Castro, y el excelente criterio con que juzgó la obra de Menéndez y Pelayo; también admiraron sus colegas la concisión, elegancia y casticidad del estilo.

Censor y Director del BOLETIN

En la breve crónica de la Corporación, aparecida en su órgano oficial en 1959, se daba cuenta de que, a comienzos de 1958, había designado a Raúl Silva Castro, Director de esta

(11) BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA. Tomo XV. Cuaderno XLVIII. 1959. Págs. 34 y 35.

publicación, por renuncia del académico que servía el cargo. Poco tiempo después se le eligió Censor. El tuvo conocimiento de estas designaciones a su regreso de un viaje por Nicaragua y Argentina.

Desde entonces, hasta su muerte, dirigió este Boletín; y, fiel a su espíritu tradicionalista, sólo publicó discursos, algunos trabajos de los académicos, y crónicas de las actividades de la Institución.

Trabajos en el BOLETIN

A la muerte del individuo numerario Víctor Domingo Silva, en 1960, Silva Castro trazó la semblanza literaria del dramaturgo, periodista, político, poeta y novelista, inserta en el BOLETIN de ese año. En estas páginas penetra en las cualidades del escritor, sólo cuando estudia al poeta y novelista: sostiene el crítico que, en el "vasto repertorio literario de Víctor Domingo Silva", resalta debidamente "el tema de la comprensión humana, sin duda la línea cardinal de su obra. La vemos en todos los libros, así sean en prosa como en verso, porque busca formas variadas para hacérsenos notoria: es bulliciosa en LA NUEVA MARSELLA y tierna en tantos otros poemas que sería prolijo citar; se encarna en ciertos amables personajes de las novelas; se mantiene, como aroma, en el dejo del ritmo cuando se evocan paisajes o cosas ajenas a la intimidad del hombre; es sollozo en LA CUNA VACIA y arrullo de amor en las composiciones propiamente eróticas; suspiro de dicha cuando el poeta, enamorado, canta a la amada; queja de nostalgia evocando al padre que ha muerto, a la madre ausente y a la patria que se echa de menos en tierra ajena; gracia de requiebro cuando elogia a las mocitas españolas que le encandilaban los ojos; respeto al hombre, cuando se trata de mentar grandes figuras pretéritas y contemporáneas de las letras... Merced a esta amplitud de comprensión humana, exaltada hasta el grado genial en Víctor Domingo Silva, hemos tenido en pleno siglo XX el caso, algo portentoso, de un poeta a quien se aprende

en los colegios de memoria, cuyas composiciones se recitan en hogares de los más diversos niveles de cultura, se reproducen en los diarios en los días de efemérides y sirven de motivo de comentario en la distante provincia y en el cacerío anónimo y olvidado. Y pensando en esa comprensión humana, calibrando su intensidad en este varón afectivo y tierno, llega uno a preguntarse si cabe dar el nombre de poeta a quien no posea también instinto de comprender simpáticamente a su prójimo, aun cuando no en tan alto grado de fervor y de posesiva entrega..." (12).

Cuando evoca al novelista, sugiere el escaso valor artístico de la obra de Víctor Domingo Silva en este género literario: "Su recia estampa de creador literario había afrontado al público en todos sus reductos; y podía jactarse de haberlo vencido en justa simpática, haciéndolo suyo a golpes de elocuencia, sinceridad, amor a las grandes causas, toques de ternura o de audacia o de prudente desdén, al cabo de dramáticos encuentros en que recitador y poeta se habían unimismado en prosenios y asambleas. La novela viene a ser, dentro de la enormidad de esta obra, faceta menor, trabajada a modo de paréntesis entre compromisos a los cuales el poeta prestaba alternativamente mayor empeño" (13).

Aunque no comparto en absoluto el entusiasmo de Silva Castro por la poesía tribunicia y la novela rosácea de Víctor Domingo Silva, el estudio del académico servirá para esclarecer una faceta de nuestra literatura vernácula, ya felizmente superada; pero no por eso menos interesante en el proceso histórico de las letras nacionales.

(12) BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA. Tomo XVI. Cuaderno LI. Págs. 44 y 45.

(13) Id. Pág. 46.

Ausencia de Raúl Silva Castro

En el Boletín hay un vacío: no apareció el número correspondiente al año 1961. Es que Silva Casto estuvo fuera de Chile desde 1961 hasta 1963, época que ejerció la cátedra de Literatura Hispanoamericana en las Universidades de Berkeley (California), Terlane (New Orleans) y Boulden (Colorado).

Antes de salir del país, recibió en la Academia al Dr. Alejandro Garretón Silva el 18 de abril de 1961; pero su discurso de recepción vino a insertarse en el BOLETIN de 1967. Define en palabras cordiales y elegantes la personalidad del médico: "El profesor Garretón asciende en la profesión, conquista nuevos cargos, los desempeña a conciencia y recibe, cada vez que la ocasión se presenta, nuevas dignidades y honores. Es un homenaje tácito, silencioso, casi indirecto, de adhesión al hombre y de respeto a su ciencia, el que le tributan sus hermanos en el saber: se defiende a su criterio, se hace fe en la lucidez de sus orientaciones, en su sagacidad, en su patriotismo, de antemano se presiente que buscará siempre los caminos más dignos para todos los muchos seres cultos y laboriosos que deben trabajar a su lado, en la cátedra, en el hospital, en gabinetes e institutos. El profesor Garretón, en suma, rola ya en la categoría de las eminencias médicas, afamado por la recta orientación que sabe imprimir a sus actos en el ejercicio de la medicina" (14).

Muy bien documentado, como todo lo que él escribía, es el estudio sobre el poeta Pedro Antonio González (1863-1903), muerto envejecido a los 40 años, y que ocupa 59 páginas de nuestra publicación. Examina el verso del poeta modernista, en quien señaló, por primera vez, "su ambición de gloria": "A través de estos versos podemos ascender a uno de los rincones

(14) BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA CORRESPONDIENTE A LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Cuaderno LV, 1967. Págs. 77 y 78.

misteriosos de la sicología de González que nadie había señalado hasta hoy, y es el de su ambición de gloria. Es posible que careciera de todas las condiciones que permiten al ser humano escalar las grandes posiciones de la vida, y que, en consecuencia, nada más justo que su postergación, desde la fealdad que acentuaba el estrabismo hasta el oscuro continente de hombre incapaz de lucir con gallardía en los salones; y es, asimismo, posible que estas desventajas no fuesen suplidas en él por una charla amena y burbujeante, ya que, según parece, su conversación se distinguía más bien por escasa y nada alegre. Pero él sentía bullir en su seno una aptitud nada vulgar, la de hacer versos, y más de una vez hubo de sentirse halagado por peticiones que le dirigían sus colegas y correligionarios para que celebrara en forma métrica ciertos hechos cívicos y políticos. Había una aspiración más allá, la de la gloria, a la cual esas invitaciones no abrieron paso" (15).

Aunque el ensayo expresa con claridad meridiana la admiración del crítico por la poesía modernista de González, en el capítulo VIII "Para un balance", leemos: "Al redactar estas líneas yo no pretendo, en modo alguno, llevar a nadie a consentir en que González fue un poeta excelso, cuyo estilo sorprende y arrebató y cuyas innovaciones suscitan nubes de secuaces. Nada de ello. Lo único que sí he pretendido es destacar dentro de la obra de González, aquellos aspectos por los cuales se vincula al movimiento general de los usos poéticos de su tiempo, de tal modo que el estudio de ella no puede desdiseñarse tan sistemáticamente como hasta ahora se ha hecho" (16). La poesía de González es inferior a la de sus maestros: Rubén Darío y Guillermo Valencia; las imitaciones, generalmente, ahogan su escasa originalidad; pero el objetivo de Silva Castro es muy laudable.

(15) BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. Tomo XV. Cuaderno XLVII. 1964. Pág. 51.

(16) Id. Pág. 52.

En 1965, representó a la Academia Chilena en el Jurado que otorgó el Premio Nacional de Literatura a Pablo de Rocka; él contribuyó con su voto a dar este galardón máximo, a quien no lo merecía. Así se lo hicimos ver en una sesión.

Invariablemente representó, cada año, a la Corporación en alguno de los jurados del Premio Municipal de Santiago, en los cuales dejó fama de juez severo, competente y ponderado.

Desde que se estableció el Premio Anual de la Academia (1964), hasta el año pasado, integró el jurado; y es justo dejar testimonio de que siempre hubo unanimidad para asignarlo. En las reuniones que tuvimos se manifestó recto y ecuánime (17). Al entregar, por primera vez, esta distinción a Carlos Rozas Larraín, Silva Castro señaló a los asistentes el valor lingüístico de la novela laureada.

Otras tantas veces actuó en el tribunal académico para conceder el Premio Periodístico "Alejandro Silva de la Fuente".

En los funerales de los poetas Samuel A. Lillo (1958), Francisco Donoso González (1968) y del cronista Joaquín Edwards Bello (1968), llevó la palabra de la Institución para tributar el homenaje postrero a los colegas fallecidos. El orador había criticado duramente, más de una vez, la obra de Lillo; y éste dedicó a Silva Castro un artículo terrible, demoleedor; pero en el discurso fúnebre demostró, una vez más, su hidalguía, y reconoció el bondadoso magisterio ejercido en las letras chilenas por el poeta de Arauco. Las palabras dichas sobre Francisco Donoso González, pedidas en la misma necrópolis, fueron improvisadas, y revelaron, admirablemente, los conocimientos de Silva Castro sobre la literatura nacional, y sus simpatías por el sacerdote poeta y crítico literario. En el discurso acerca de Edwards Bello manifestó, lo mismo que en el anterior, su versación en letras chilenas.

(17) Los otros dos miembros del jurado son: el Dr. Alejandro Garretón Silva y el Pbro. Fidel Aranedo Bravo.

El último trabajo publicado por el laborioso y docto académico en este BOLETIN, dirigido por él, llena cuarenta páginas del cuaderno 56 (18). Se trata de un acabado retrato literario del poeta, maestro y humanista Eduardo de la Barra Lastarria, sobrino y yerno de José Victorino Lastarria. El autor no escatima elogios para exaltar la figura de este varón letrado, cuya obra abarcó las más diversas actividades intelectuales.

Contra la opinión general de los modernos críticos chilenos, Raúl Silva Castro afirma en la página cuarenta de nuestro BOLETIN: "Nosotros no vamos a cometer, sin embargo, la exageración de salir hoy en su defensa. Necio fuera pretender contravenir la corriente formada en años, así como intentar llevar la razón contra tantos doctos varones empeñados en ir restando una por una las piedras del modesto pedestal que pudo granjearse Eduardo de la Barra al cabo de los sistemáticos esfuerzos de su laboriosa carrera. La crítica literaria de Chile tiene, por lo demás, contraído hace ya varios lustros el hábito nada generoso de negar la existencia de poetas dignos de estudio en todo el espacio de tiempo comprendido por el siglo XIX, y Eduardo de la Barra cae exactamente dentro de esta dimensión temporal. Un ensayo especial habría que intentar, en todo caso, para oponer juicio a juicio, a fin de esclarecer, si se puede, la obra poética de Barra con luces que la hagan brillar de nuevo en el ambiente de nuestros días. Nuestra opinión personal queda en todo caso muy débil ante la impetuosa avalancha de los críticos que niegan todo y se resuelven a declarar que los valores estéticos de la poesía chilena nacen con ellos o, por lo menos, han nacido en sus propios días. Más modestos, menos altaneros, nosotros nos quedamos en la orilla esperando que pase el chaparrón y creyendo que algo de poeta hubo de poseer quien logró durante cuarenta años hacer creer que lo era, a individuos perfectamente aptos,

(18) BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA. (1968).

por su cultura, para probarle por A más B que estaba equivocado" (19). Sin creernos varones doctos, ni estar empeñados en destruir el pedestal de Eduardo de la Barra, estamos con aquellos que niegan el valor poético de este hombre de letras, a quien sólo reconocemos su calidad de sabio humanista.

Nuestro recordado colega, simpáticamente, se erigió en defensor de la poesía chilena del siglo XIX, y jamás comprendió a los críticos y escritores que rotundamente la negamos y le asignamos sólo un valor histórico, porque, como ya lo hemos escrito, no sólo una vez, los poetas o versificadores de la centuria de 1800 no nos convencen, salvo algunas cosas de Blest Gana. Mantenemos nuestra opinión: creemos que la originalidad es condición "sine qua non" para que exista verdadera poesía, y los poetas como Lillo, Matta, Blest Gana, de la Barra, Rodríguez Velasco, Pedro Antonio González y otros, fueron simplemente imitadores de los románticos franceses y españoles, y después de los modernistas. La poesía chilena, pura, original y nueva, comienza con Dublé Urrutia, Lillo y Pezoa Véliz; la anterior carece de perennidad.

Aunque Silva Castro no simpatizó con la causa ni con la personalidad subyugante del Presidente José Manuel Balmaceda, sobre quien escribió un breve libro que criticamos en dos largos artículos (20), celebra la digna actitud de Eduardo de la Barra al rechazar un alto cargo ofrecido por ese gran mandatario, de quien era amigo y admirador: "Cuando el Presidente Balmaceda asumió la dictadura y le fue preciso proveer una multitud de cargos vacantes, propuso a su amigo De la Barra la dirección de la Biblioteca Nacional o, si lo prefería, el rectorado del Instituto".

(19) BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA. Cuaderno 56. Pág. 40.

(20) BALMACEDA, de Silva Castro por Fidel Araneda Bravo. EL DIARIO ILUSTRADO. I y II. 28 y 29 de enero de 1970.

— “No acepto, señor —fue la respuesta del poeta—, por no dar a nuestros enemigos un pretexto siquiera para suponerme miras interesadas al verme sostener el régimen legal” (21).

La última actuación académica

El 23 de abril de 1970, fecha de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra, en la Biblioteca de la Casa de la Cultura, se incorporó en la Academia el crítico Hernán del Solar. Lo recibió Raúl Silva Castro con un discurso espléndido, que fue como su “nunc dimittis”, y debe figurar en la antología de sus obras: es el mejor de los trabajos leídos por él en la Corporación, de la cual parecía despedirse tras largos años de servicios fructíferos, diligentes y eficaces, en los cuales quiso decirnos a todos que, el amor se prueba en las obras. Tuvo períodos felices, magníficos, en que supo matizar, con elegancia, el buen humor y el afecto, para referirse a la personalidad humana y literaria del nuevo colega, hombre ecuánime y ponderado, muy apto para colaborar en los trabajos de la Academia, integrada por gente de todas las ideologías y de las más diversas tendencias literarias; pero, invariablemente unida por el afán de producir esa armonía indispensable para lograr el común anhelo de engrandecer la Corporación en los estudios lingüísticos, filológicos y literarios.

Es innecesario reproducir aquí, trozos del discurso, porque se publica íntegro en estas mismas páginas, junto con el de Hernán del Solar.

Raúl Silva Castro concurrió por última vez a nuestras sesiones de trabajo el 27 de abril de este año. Seis días después cayó agobiado por la grave dolencia que le causó la muerte el 12 de junio, privando a la Academia de su entusiasta y valiosa colaboración.

(21) BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA. Cuaderno 56. 1968. Pág. 43.

El recordado colega pertenecía a numerosas instituciones; pero nuestra Corporación puede jactarse de que a ella dedicó las mejores energías de sus últimos años. La amaba entrañablemente: su afecto no lo ocultó jamás; al contrario, a sabidas de que su actitud era ridiculizada, no vaciló en cumplir con la ley que le mandaba poner bajo su firma el título de académico; no lo hacía por vanidad ni petulancia, sino únicamente por el inmenso cariño que profesaba a nuestra Academia, en la cual él se consideraba altamente honrado.

Diccionario de Chilenismos

Pero quizás la parte más interesante de las tareas académicas cumplidas por Silva Castro, es aquella realizada en el silencio de su mesa de trabajo, para estudiar los vocablos, locuciones y modismos chilenos convenidos en las letras "M" y "W" del alfabeto, con el objeto de colaborar en la preparación del futuro Diccionario de Chilenismos que editará próximamente la Academia.

Muy sabia y atinada, y no exenta de ese apasionamiento propio de quienes laboran con amor, fue su actuación como integrante de nuestra comisión lexicográfica, en la cual, lunes a lunes, desde hace dos años, estamos discutiendo las voces, locuciones y modismos, que, después de diligente examen, entrarán a formar parte del Léxico chileno.

Las tarjetas o fichas, trabajadas por Silva Castro, son inquestionablemente de las más completas hechas por los miembros de la comisión: anota el vocablo y señala los léxicos en que figura; si es un chilenismo nuevo lo define con gran propiedad y precisión. Como tenía una memoria prodigiosa, en algunas menciona autoridades, nombra el autor y la obra en que aparece la palabra. Veamos dos ejemplos: *Vocablo o locución: mallín*. Definición: terreno húmedo que produce al secarse un pasto bueno para el ganado, pasto al cual se da ese mismo nombre. Autoridad: "Viento de mallines", es el título de un cuento de Mariano Latorre y de una colección de cuen-

tos encabezada por aquél (1944, con ediciones de fechas sucesivas). *Vocablo o locución: malicia*. Definición: Licor espirituoso que se añade a una bebida refrescante analcohólica. Autoridad: Podría haberse originado en un uso olvidado de malicia en España, cual puede verse en Juan de Mena:

“Estaban las fembras de Sicina en Publicia
dando, en oprobio de los sus linajes,
a sus dos maridos mortales potajes,
mezclados de hierbas llenas de malicia”.

(Laberinto, estrofa 131)

Silva Castro era partidario de hacer tarjeta o papeleta sobre cualquier vocablo o locución, siempre que no fuera un vulgarismo demasiado chabacano.

Acucioso y metódico, lógico y excesivamente ordenado, estas cualidades facilitaron enormemente su tarea de lingüista.

En el trabajo de la comisión, él manejaba con destreza y seguridad de avezado lexicógrafo, el Diccionario Oficial: mientras el académico leía las papeletas con las palabras que se insertarán en el futuro Vocabulario de Chilenismos, Silva Castro revisaba el Léxico de la Real Academia, y descubría de inmediato si la voz o frase chilena figuraban o no en dicho Diccionario.

Era aficionado a la disquisición: no quedaba satisfecho hasta que se agotaba el tema sobre la palabra o locución; jamás rechazó las discusiones, antes al contrario, no pocas veces las promovió: defendió sus puntos de vista con lógica acerada, no exenta de apasionamiento e ironía.

En las sesiones de estudio, prefería contraerse al trabajo; sin embargo, gustaba también de las digresiones que, si amenizan las áridas reuniones lexicográficas y suelen causar admiración a los colegas extranjeros que nos visitan, no pocas veces distraen más de lo necesario la atención de los académicos; perjudican, en cierto modo, el estudio de los vocablos y locuciones, y dilatan la publicación de nuestro Diccionario de Chilenismos.

Raúl Silva Castro vivió, desde niño, dedicado al trabajo intelectual; y, muy especialmente, a valorar la literatura patria, a lo cual contribuyó no poco su carácter severo y adusto, y su espíritu disciplinado.

La Academia Chilena Correspondiente de la Real Española rinde a Raúl Silva Castro el homenaje de su sincero y ferviente reconocimiento.